
POR UN NUEVO CONCEPTO DE NACIONALISMO

J J Solozábal Echevarría

análisis y debate



2

La revisión del concepto de nacionalismo es una tarea importante a abordar por la ciencia política en nuestros días. El tema es urgente en primer lugar por razones teóricas, pues cada generación ha de esforzarse en reexaminar los problemas fundamentales de su tiempo, explicitando los propios supuestos de su existencia; pero, sobre todo, por razones prácticas: filosofamos para vivir, reflexionamos para explicarnos la realidad, y la comprensión del nacionalismo, esto es, la admisión de la compatibilidad de los nacionalismos, es una de las cuestiones fundamentales que se plantean en el momento actual español.

A nadie se le oculta que las tensiones nacionalistas actuales —y fundamentalmente los llamados problemas vasco y catalán— no se agotan en su dimensión jurídica, sino que han de plantearse —incluso para que su tratamiento jurídico-constitucional sea operativo— en un nivel más profundo. El problema de fondo, me atrevería a sugerir, es el de la compatibilidad de los nacionalismos periféricos y el español que hasta ahora, y por diversas razones, no ha sido posible. Hasta este momento, en efecto, las relaciones entre ellos han sido tortuosas, pues ni los nacionalistas vascos y catalanes se mostraban

dispuestos a renunciar a su propio y excluyente proyecto político, ni el nacionalismo español quería admitir la posibilidad de una lealtad compartida. Pero, tal vez, en la actualidad estemos cerca de ver lo innecesario de ambas posiciones y podamos proponer entre estos nacionalismos no una relación antagónica sino integrativa, que resuelva la oposición irreductible entre ellos y haga posible su coexistencia tolerante y mutuamente enriquecedora.

Esta nueva relación presupone un cambio importante en la idea de nacionalismo con que se opera en los términos del conflicto. Se trataría de abandonar la concepción excluyente del nacionalismo —lo que podemos llamar nacionalismo de conciencia tradicionalista— que nos han legado las ciencias sociales y la propia historia política de los siglos XIX y XX por otro nacionalismo acorde con la experiencia política y el horizonte mental de nuestro tiempo, más transigente y pluralista, un nacionalismo de conciencia nacional. Consecuentemente, en el nivel político, los nacionalismos periféricos aceptarían la renuncia al propio Estado a cambio de una estructura política apropiada para garantizar y potenciar la propia identidad, y el nacionalismo español abandonaría su obsesión homogeneizadora admitiendo los derechos culturales y políticos de las nacionalidades históricas.

Creo que hay que comenzar por aclarar que tal transformación, aunque se trata de una labor difícil, en modo alguno es imposible. Existen las bases jurídico-constitucionales para ello (en el artículo 2.º de nuestra Constitución se reconoce la compatibilidad de la nación española con las nacionalidades y regiones que la integran) y ha tenido lugar en la historia española —al menos— una conducta pragmática de nacionalistas catalanes y vascos que ha permitido su integración efectiva en la vida política y su participación en el gobierno de la nación.

La dificultad más grave es, fundamentalmente, teórica, pues operamos, según insinuábamos, con un concepto de nacionalismo esclerótico, de cuya formación y crisis nos ocuparemos con algún detalle. Pero a la transformación del concepto de nacionalismo se oponen otros obstáculos a que nos referiremos primeramente. Se trata de prejuicios temperamentales y deformaciones culturales heredadas que hemos de esforzarnos en superar.

Tendemos, en efecto, a situarnos emocionalmente ante el nacionalismo, y nos avenimos mal a la relativización que su estudio comporta. Muchos se resisten a reconocer un origen *natural* al nacionalismo, un soporte histórico-cultural al mismo y tienden a pensar —o al menos actúan como si ese fuera el caso— que el nacionalismo es una gracia que se tiene o no se tiene (se es o no se es, dicen) que se devalúa con el análisis y que resiste todo intento de explicación razonada. La verdad es más bien que el nacionalismo, aunque realidad cultural rica y compleja, acepta un tratamiento científico adecuado. Desde esta perspectiva el análisis del contenido intelectual, el contexto histórico y la funcionalidad social del nacionalismo no suponen la dilución de éste —aunque sí pueden acabar con la *fe* en el nacionalismo— sino el camino de su comprensión.

Pero, de ordinario, la intoxicación emocional ante el nacionalismo se produce de otro modo: reparamos en la irracionalidad del discurso nacionalista de nuestro oponente, sin darnos cuenta de la propia base nacionalista de nuestro reproche. En efecto, muchos juicios antinacionalistas se formulan casi siempre desde otro nacionalismo aunque, claro está, antagónico al que se denigra.

Esto lo vio muy claramente Marx, quien advirtió que detrás de muchas superaciones de la nacionalidad y profesiones de internacionalismo reside un chauvinismo incons-

ciente. Así refería a su amigo Engels su actuación tras una intervención *internacionalista* de Lafargue en el Congreso de la Internacional: «Los ingleses se rieron mucho —escribe Marx— cuando empecé diciendo que nuestro amigo Lafargue, que había terminado con las nacionalidades, nos había hablado en *francés*, esto es, un idioma que no comprendían las nueve décimas partes del auditorio. También sugerí que por negación de las nacionalidades él parecía entender, muy inconscientemente, su absorción en la nación francesa modelo».

En el caso español el abandono de la conciencia nacionalista por la conciencia nacional cuenta con las dificultades derivadas de la formulación intransigente, no sólo de los nacionalismos periféricos sino del propio nacionalismo español. Tendemos con mucha frecuencia a insistir en la intemperancia de algunas concepciones —*modélica* a este respecto es la posición de Sabino Arana— y nos olvidamos de las aristas —también muy exclusivistas— del nacionalismo español.

Pero la transformación de estos tipos tradicionales de nacionalismo, su auténtica superación, sólo es posible a partir de la comprensión de sus propios perfiles históricos. Propongo, pues, una lectura contextual de los nacionalismos españoles, de modo que resulte evidente el carácter histórico —y no esencial— de sus manifestaciones tópicas.

La actitud de Sabino Arana responde a la difícil situación en que se encontraba el pueblo vasco, en una coyuntura en que coinciden la irrupción industrialista, que destruye su equilibrio cultural y social tradicional, la crisis foral y la desaparición del idioma, factores que plantean como inevitable la desaparición de los rasgos definidores de la identidad de Euskalerría. Muchas de las exageraciones de la reacción de Arana, subrayadas por su propia elementariedad emotiva e intelectual, se entienden más fácilmente en el contexto de crisis política y social en que se produjeron.

De otro lado, la concepción centralista y absorbente del nacionalismo español no es achacable exclusivamente a la testarudez de nuestra derecha reaccionaria, al egoísmo de casta de la burocracia del moderantismo conservador o a la estrechez de visión de los hombres de la Restauración.

Nuestro liberalismo —como después nuestro socialismo— fue centralista y uniformizador, en primer lugar por razones de tipo intelectual o teórico: sustituido el monarca, tras la quiebra del orden tradicional como factor unificador de la comunidad política, y transferida la soberanía a la nación, se considerará ineludible para asegurar el protagonismo político de ésta la consecución de su homogeneidad. También por razones de tipo político, pues se pensará que los reductos del antiguo régimen y el caciquismo sólo serán dominados a partir del impulso racionalizados y modernizador proveniente de un solo centro político.

Hoy podemos apreciar la exageración de ambas posiciones y las consecuencias que produjeron. Los nacionalismos periféricos —fundamentalmente el vasco— quedaron hipotecados por el carácter de panacea atribuido a la independencia política, con la insolidaridad que de ello resultaba; la centralización que en otros países operó como una técnica de instauración de la revolución liberal, como agente liquidador del particularismo feudal, funcionó en España preferentemente como instrumento de consolidación de las fuerzas del antiguo régimen.

Pero, a nuestro juicio, el obstáculo más fuerte a la acomodación de los distintos nacionalismos proviene del mismo concepto de nacionalismo con que hasta este momento se ha operado por unos y otros. Precisamente al estudio de la formación de la conciencia

nacionalista y a sus importantes transformaciones en la hora presente vamos a dedicar el resto del trabajo.

Nuestra familiaridad con los fenómenos nacionalistas, que realmente son omnipresentes en la hora actual, los hace aparecer ante nosotros como algo natural, siendo así que el nacionalismo es un fenómeno específicamente moderno, resultado de una interacción muy compleja de procesos intelectuales, históricos, políticos y sociales.

En efecto, la consideración del nacionalismo como única fuente de legitimidad política y la dedicación al cultivo de la propia identidad como objetivo prioritario de la actividad del grupo no han podido producirse sino en la época contemporánea. Comencemos con el primer proceso a que nos referíamos.

Tal vez la mejor exploración sobre las raíces intelectuales del nacionalismo sea la realizada por Elie Kedourie que recorre las aportaciones de KANT, FICHTE, HERDER y SCHLEIERMACHER y que es importante porque ilustra sobre la fuente de tres conceptos fundamentales en el nacionalismo: el superior valor moral y político del autogobierno; la creencia en el Estado como agente de la libertad del grupo y del individuo, y la reducción del concepto de nación exclusivamente a un grupo étnico y cultural. Veámoslo con algún detalle.

KANT convierte a la autodeterminación en la base de la moralidad tras rechazar la seguridad de la Revelación —no tendría mérito obedecer a un mandato divino— y la certidumbre del conocimiento sensorialista— no cabría deducir leyes del deber ser del mundo del ser pues ello supondría instaurar el determinismo en el mundo moral.

La autodeterminación hace al individuo el centro, árbitro y soberano del universo. Si la virtud existe no puede consistir en obedecer a alguna autoridad exterior o en el sentimiento de bienestar que acompaña ciertas acciones. Virtud es, en el discurso kantiano, la cualidad de la voluntad libre cuando obedece la voluntad interior. Posteriormente, como es bien sabido, habrá un trasvase de la idea de la autonomía del ámbito del individuo al del grupo nacional que, en efecto, aceptará plenamente la idea de la excelencia moral de la autonomía. El nacionalismo es, en gran medida, una doctrina de la autodeterminación y en la autodeterminación encuentra la fuente de su vitalidad.

FICHTE retoma un pensamiento querido de Platón, que lo es también de Hegel, la idea de que la libertad del individuo equivale exclusivamente a su participación en la vida del Estado, el cual aparece, por tanto, dignificado y libre de todo propósito instrumental o utilitario. Efectivamente, Fichte concretará el ideal de la autodeterminación en la inclusión del hombre, en su incorporación a la manifestación histórica de la conciencia universal, al Estado. La autorealización del hombre consiste en su absorción en el Estado. Este no es una colección de individuos que se han juntado para proteger sus intereses particulares: el Estado, al contrario, es superior al individuo y se halla antes que él, lógica e históricamente.

Tiene interés, asimismo, considerar las aportaciones de HERDER y SCHLEIERMACHER porque van a introducir, en primer lugar, un elemento religioso en la idea de nación, que es un grupo étnico-cultural a quien Dios ha encomendado una determinada misión en la Historia; y porque van a concebir el Estado como una organización política ineludible, garante de la identidad cultural nacional.

Para Herder y Schleiermacher, una nación es una división natural de la raza humana, dotada por Dios con su propio carácter, que sus ciudadanos han de preservar —como deber insoslayable— pura e inviolable. Puesto que Dios ha separado a las naciones por el

lenguaje, éstas no deberían amalgamarse: los Estados multinacionales son Estados corrompidos, los uninacionales Estados sólidos.

La seña de la identidad nacional será, básicamente, el lenguaje: un grupo que habla la misma lengua es reconocido como una nación y una nación debería constituir un Estado. Para los románticos alemanes, recuerda Kedourie, no es sólo que un grupo de gente que habla la misma lengua pueda reclamar el derecho de preservar su lengua: el problema es más bien que tal grupo concebido como nación cesará de existir si no se constituye en Estado.

Sin embargo, para el surgimiento del nacionalismo es necesario algo más que razones de tipo intelectual o ideológicas. La reclamación nacionalista de un Estado exclusivo para el grupo obedece tanto a un *proceso de autoconciencia* de éste cuanto de una *crisis de legitimidad* del sistema político en que está incluido.

El grupo étnico —categoría social elemental caracterizada por una cierta unidad histórica y cultural— reconoce su propia identidad sólo en relación y normalmente en oposición con otros grupos, como consecuencia de sus contactos exteriores. En efecto, la conciencia de la pertenencia a una comunidad étnico-cultural diferenciada debe esperar para producirse, al menos, a una cierta complicación y complejidad de las relaciones sociales y económicas, producto de la intensificación de sus contactos con grupos exteriores. Esta complejidad sólo adquiere rasgos de generalización y de intensificación relevantes en la edad contemporánea, fundamentalmente con la llegada del sistema mundial económico de tráfico exigido por la *industrialización*; y con el intercambio —y los peligros de absorción— de mensajes y comunicaciones culturales en sociedades alfabetizadas sometidas al bombardeo intensivo de propuestas alternativas de comovisiones y comportamientos diferentes.

La industrialización ha sido, en efecto, un factor decisivo en el desencadenamiento de los problemas nacionalistas: la vocación nacionalista se ha reafirmado al constatarse en virtud del *décalage* económico la peculiaridad del grupo o país, favoreciendo su consolidación; o al manifestarse la identidad nacional mediante la puesta en cuestión de sus propias bases económicas seculares.

Lo importante de la industrialización es que supone, en la comunidad afectada, la toma de conciencia de su identidad y, por consiguiente, su politización. En la industrialización del grupo étnico-cultural extrae consecuencias políticas de la toma de conciencia de su peculiaridad propia. Diríamos que la nación *en sí* se convierte en nación *para sí*. Y comprende que dada la correlación de fuerzas sólo la posesión de una organización política propia puede garantizar la permanencia de la identidad de la comunidad.

La legitimación cultural es muy importante en el nacionalismo que funda en ella su misión patriótica. Y, por supuesto, no se ha producido exclusivamente en el proceso de la industrialización. Así la convicción de que sólo un Estado podía garantizar la propia identidad nacional fue alcanzada por los países a quienes Francia invadió al comienzo del siglo XIX y operó —en particular— como estimulante del nacionalismo alemán. Como ha visto Plamentaz, la conciencia nacional se convirtió en nacionalista cuando se hizo evidente que dada la presión cultural francesa respaldada por el Estado napoleónico, si los pueblos querían preservar su independencia o resistir la excesiva influencia francesa, necesitaban formar poderosos Estados.

Pero existe otro proceso muy importante en la formación del nacionalismo que completa el intelectual y el de autoconciencia a que nos acabamos de referir.

En efecto, la relevancia política de la conciencia nacional tiene que ver con *la crisis de la legitimidad tradicional*, esto es, con la quiebra de la legitimidad del vínculo monárquico como aglutinante y homogeneizador mínimo en las sociedades del antiguo régimen. Creo que esto no requiere una larga explicación: en las sociedades del antiguo régimen la idea de que la soberanía reside en el monarca es el fundamento de la obligación política y, a su vez, del sentimiento de comunidad, como muy bien han visto, entre otros, Hintze y Schmitt. Pues precisamente en muchos casos el único nexo que existe en la comunidad política, dada su heterogeneidad cultural y social, es el de que todos obedecen y aceptan al mismo monarca.

Pero la crisis de la legitimidad tradicional supuso justamente el sustituir el vínculo monárquico por el vínculo popular —o nacional— como elemento base de la comunidad política.

En una primera fase —fundamentalmente la del pensamiento de Locke y Rousseau, y la que corresponde al proceso evolutivo francés— y a través de una argumentación pactista, que ahora no nos interesa, el pueblo es hecho titular de la soberanía y en él se hacen radicar en exclusiva los títulos de dominio político. La nación, de momento, carece de connotaciones étnico-culturales y aparece como el conjunto —o mejor, parte— de los gobernados.

La revolución francesa dramatizó, por así decir, la idea de nación, hizo a los franceses conscientes de sus lazos comunes y, sobre todo, produjo un simbolismo en torno a la nación que se apoderó de las masas, suministrándoles una fogosa y fanática religión.

Las potencialidades de la idea de nación no se desarrollarán del todo hasta que la nación-pueblo se identifique con el grupo exclusivo diferenciado: de modo que su trascendencia política —la pretensión a la autodeterminación política, esto es, la reclamación del propio Estado— se haga clara. «Una vez —ha escrito Connor— que se acepta que la soberanía reside en el pueblo, cualquier grupo que se considere a sí mismo constituyendo un pueblo diferenciado cree tener derecho evidente a crear su propio Estado, de modo incontestable».

La tensión entre el concepto exclusivamente político de nación —la idea liberal revolucionaria de nación-pueblo— y el concepto étnico-cultural de nación es fundamental. En primer lugar porque explica la diferenciación entre los dos tipos ideales de nacionalismo de que hablaba Hans Kohn: el nacionalismo occidental que aparece basado en el concepto liberal revolucionario de nación, esto es, un nacionalismo vertebrado sobre bases espiritualistas y voluntaristas de corte individual (casos americano, inglés y francés), y el nacionalismo oriental (germánico y eslavo) basado en el concepto étnico-cultural de nación, vinculado a concepciones organicistas en las que se niega el albedrío particular y se realiza la integración de la comunidad de modo mítico.

Un segundo aspecto importante de las relaciones entre el concepto étnico y político de nación es el de la pretensión, por parte de cada una de estas ideas, a apropiarse —desde luego— el prestigio y hasta cierto punto —de creer en sus proclamaciones— el contenido de la otra. La nación política (los Estados nacionales) intenta suscitar el entusiasmo y sentimiento de identidad propios del grupo étnico: de ahí sus esfuerzos por imponer una homogeneidad social por muy artificial y contraria a la pluralidad étnica en su seno que pueda ser. Se trata de crear o reforzar a toda costa un cierto sentido de comunidad.

Y no se puede negar que, por ejemplo, los nacionalismos americano, francés y español, han conseguido una legitimación emocional considerable. Estos Estados no son sim-

ples conglomerados de individuos que eligen a sus gobernantes o que deciden su propia forma de régimen político. Se trata de verdaderas naciones, esto es comunidades intrínsecamente diferenciadas, capaces de generar en sus miembros una relación superior de lealtad.

De otro lado, la nación étnico-cultural no ha querido renunciar al prestigio de la legitimación popular y ha confundido de intento la autodeterminación —esto es, la no aceptación de un gobierno extraño— con el autogobierno —esto es, la organización política de acuerdo con la voluntad libremente expresada de la totalidad de su población.

Hay, por último, aunque no como menos importante, una cuestión que tratar en el estudio del nacionalismo. Se trata de su *soporte clasista*, esto es, el estudio de la función del nacionalismo en la sociedad en que opera, la pertenencia social de la intelligentsia que lo formula y las condiciones que explican su vigencia y arraigo.

El proceso de autoconciencia nacionalista, impulsado por los medios tecnológicos de comunicación, es dirigido por una élite, el núcleo nacionalista, interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad y que normalmente cuenta con el apoyo de un grupo o clase socialmente relevante de ésta.

La reclamación nacionalista siempre es formulada, lógicamente, por la intelligentsia o sector intelectual de la comunidad que la elabora y da coherencia ideológica. Pero su alcance efectivo es función de diversos factores.

Depende, en primer lugar, de su habilidad para presentar al nacionalismo como el proyecto salvador de la comunidad. Aquí reside el apelativo ultra-clasista del nacionalismo y su dimensión general: que se presenta como un instrumento de salvación de *toda* la nación. Desde esta perspectiva el nacionalismo se esfuerza por subrayar una cierta comunidad de intereses, afectos y tradiciones entre sus miembros. No importa saber si esta comunidad es real o meramente construida. Lo que importa es hacer notar que el éxito del nacionalismo depende de su capacidad para generar un sentimiento de solidaridad que supere, de algún modo, las divisiones sociales existentes.

De otro lado, el proyecto político y social del nacionalismo debe atraer a un sector importante o, por lo menos, cualitativamente relevante por el activismo que está dispuesto a desarrollar, de la colectividad. Este sector constituye la clientela natural del nacionalismo y va a actuar en apoyo y dinamizador de la organización social y política proyectada.

Muy importantes son, asimismo, las compensaciones social-psicológicas que el nacionalismo es capaz de suministrar para un sector —la comunidad nacionalista—, cuya afirmación frente al sector no nacionalista va a legitimar. Por supuesto el nacionalismo puede suministrar otras ventajas, aparte de las psicológicas, y ser la base de discriminaciones efectivas —aunque quizá no legales— en el mercado del trabajo, el acceso a la función pública y a la representación política y, en general, en la consideración social. En definitiva, diríamos para concluir, la afirmación de la reclamación nacionalista depende del respaldo que le conceda la clase social hegemónica. Desde esta perspectiva la respetabilidad social y económica del nacionalismo es fundamental. El nacionalismo sólo se consolidará cuando la *clase nacional* se haga nacionalista.

El esquema de la formación de la conciencia nacionalista podría, pues, resumirse en los siguientes términos: disponible —en razón del proceso intelectual que conocemos— la idea nacionalista, ésta tiende a ser asumida por un grupo étnico o comunidad

histórico-cultural determinada, cuando ésta refuerza la conciencia de su identidad como reacción al peligro que para su mantenimiento han supuesto determinadas circunstancias sociales y económicas.

El proceso de autoconciencia —impulsado por los medios tecnológicos de comunicación— es dirigido por una élite —el núcleo nacionalista— interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad.

En esta última parte de la exposición consideraremos una serie de factores —especialmente operantes en nuestro tiempo— que contribuyen a producir una cierta crisis de la conciencia nacionalista— cuya problemática es extraordinariamente interesante porque pueden dar origen a una transformación o nueva versión del nacionalismo.

Por paradójico que parezca en plena eclosión de los nacionalismos hablar de la crisis de la conciencia nacionalista, ésta puede producirse, sobre todo, en relación con un triple orden de cuestiones.

En primer lugar, se asiste en nuestro tiempo a *una puesta en cuestión del concepto de soberanía nacional*. La posesión de una organización política exclusiva ha perdido el prestigio que tenía de ser la panacea de todos los problemas de la comunidad histórico-cultural. En un orden económico dominado cada vez más por las sociedades multinacionales y un mundo cultural caracterizado por el intercambio de mensajes y modos de vida, la independencia política se muestra problemática. El desprestigio —la crisis— del marco estatal no se reduce a aquél en el que la comunidad nacionalista está integrado, sino que alcanza a su propio proyecto de independencia.

El *marxismo* como elemento integrante —se quiera o no reconocer, se sea consciente o no— de la mayor parte de los sistemas ideológicos y culturales de nuestro tiempo, es otro factor importante en el desarrollo de la crisis de la conciencia nacionalista.

La posición del marxismo ante el problema nacional, a veces contradictoria, es ciertamente compleja y, por supuesto, no puede reducirse —como creían los buenos socialistas vascos del siglo XIX— al tópico de que los proletarios no tienen patria. Cabe, simplificando, hablar en primer lugar de una actitud de rechazo y crítica que se muestra ya en la misma idea marxista de nación, concebida como una categoría histórica ligada a la burguesía en ascenso y para la que se considera más importante un tamaño económico relevante que la posesión de rasgos específicos culturales. El marxismo, de otro lado, fue implacable en la denuncia de los peligros del chauvinismo así como en la acción mixtificadora y de desorientación del nacionalismo en el proletariado. Se pronunció, en fin, sin ambages, por una sociedad comunista futura internacionalista.

Pero el marxismo, sin dejar de insistir en el desenmascaramiento de los aspectos sombríos del nacionalismo, reparó también en algunas de sus dimensiones positivas. Así, compartió su denuncia de la opresión cultural impuesta por la nación dominante a otras comunidades marginadas; constató la prioridad de los problemas nacionalistas cuando no están resueltos y la importancia de las luchas anti-imperialistas para el proletariado de las metrópolis, y valoró, según vio especialmente Lenin, la contribución revolucionaria de la pequeña burguesía en las luchas nacionalistas anti-imperialistas.

Existe, sin embargo, algo en el marxismo que ningún nacionalismo puede tolerar: es la relativización de la demanda nacionalista, la consideración de que la nación no es lo primero, de que antes están, al menos, la estrategia mundial de la revolución y la solidaridad entre los pueblos.

Efectivamente, la reducción que hace el marxismo de la nación a una categoría histórica —por lo tanto no eterna— y la relativización de su importancia en base a considera-

ciones estratégicas, junto con su desconfianza ante el protagonismo de elementos *no clasistas* en la lucha nacional, han contribuido, sin duda, a despojar a la reclamación nacionalista de su carácter de *prius* absoluto en la vida de la comunidad.

Por último, hemos de referirnos al *federalismo* como posible elemento desencadenante de la crisis de la conciencia nacionalista. Lo cual no deja de ser curioso pues el federalismo es, en buena parte, una respuesta a los problemas planteados por el nacionalismo.

El rasgo más sobresaliente del Estado Federal es su carácter de compromiso. El gobierno federal es casi siempre aceptado como una propuesta que es inferior a la ideal, como una transacción alcanzada después de que el sueño de la autodeterminación como medio de preservar la propia identidad ha resultado imposible.

El Estado Federal en cuanto comunidad formada por comunidades que mantienen su peculiaridad propia es una forma de gobierno muy difícil, basada en un equilibrio entre fuerzas centrífugas que llevan a la desintegración y fuerzas integradoras que impulsan al país hacia una progresiva centralización.

El apaciguamiento de las tensiones seccionalistas en el sistema es conseguido cuando se ofrecen a las partes componentes, en compensación con el abandono de sus ambiciones nacionalistas, un conjunto adecuado de *instrumentos federales* que protejan y garanticen su propia identidad.

En primer lugar, la federación debe reconocer un campo de competencias exclusivas de los Estados, lo que Loewenstein llama «federalismo interestatal».

Los dispositivos federales, de otro lado, deben garantizar la participación de las nacionalidades o regiones en el gobierno central a través de instrumentos como el Senado regional, el establecimiento de un Tribunal con participación regional que juzgue los conflictos de competencias entre las regiones y el centro, y una atención a la *cuota* regional en la composición del Gobierno y la Administración.

Pero el espíritu federal no depende únicamente del debilitamiento de la lealtad seccional. Necesita contribuciones positivas que creen una vinculación afectiva a la más amplia comunidad del Estado Federal. Ello se consigue a través de los mecanismos de participación en el sistema federal, de que hemos hablado, pero, sobre todo, a través de la colaboración de las regiones en la construcción de los símbolos y caracteres de la colectividad: la cultura política del Estado federal debe integrar contribuciones, tan iguales como sea posible, de todos los Estados, evitando la identificación exclusiva de la Unión con uno de sus elementos, al que se asimilarían todos los demás.

La operación de estos tres factores puede llevar al nacionalismo en dirección a la importante transformación, del que hablábamos al comienzo de nuestro trabajo, de modo que abandone su conciencia nacionalista por una conciencia nacional.

Los dos primeros factores —la crisis del concepto de soberanía y la influencia del marxismo— pueden reducir el exclusivismo nacionalista. Una práctica federal satisfactoria puede convencer a las comunidades que su identidad nacional se encuentra garantizada mediante los instrumentos políticos del sistema federal.

Desde esta perspectiva convendría recordar que las reclamaciones separatistas de una nacionalidad sólo son planteadas con un vigor socialmente relevante cuando en su seno se encuentra generalizada la impresión de que la propia identidad no se halla asegurada.

NOTAS

Me limitaré, con la excepción de algunas pocas obras generales, a mencionar los trabajos aludidos en el texto.

El concepto de nacionalismo convencionalmente aceptado y que aquí se somete a examen y crítica ve en él «un sentimiento generalizado en una comunidad que propugna para el propio grupo la consecución de un estado exclusivo como forma ideal de organización política, al que considera la expresión, la garantía y el impulso de su propio sentido de identidad. «Sobre la problemática global del estudio del nacionalismo» puede verse en primer lugar: KOHN, Hans: *Historia del nacionalismo*, México, 1949; HERTZ, Frederic: *Nationality in History and Politics*, New York, 1944; HAYES, Carlton: *Essays on nationalism*, New York, 1928; SNYDER, Louis: *The meaning of nationalism*; DUROSELLE, J. Baptiste: *Europa de 1815 a nuestros días*. Barcelona, 1971, y, sobre todo, KEDOURIE, Elie: *Nationalism*, Londres, 1979 (cuya versión castellana estamos preparando). En nuestra bibliografía española podemos recordar el capítulo de *Estudios de Sociología Política*, Madrid, 1963, «El ámbito de la organización política», de Francisco MURILLO FERROL; el capítulo VI de *Catalanismo y Revolución burguesa en España*, de Jordi SOLE-TURA; el capítulo XI de *Principios de Teoría Política*, de Luis SANCHEZ AGESTA, Madrid, 1972; el artículo de Pedro DE VEGA «El carácter burgués de la ideología nacionalista», en *Sistemas*, n.º 16, y el trabajo de Andrés DE BLAS GUERRERO «Notas en torno a las nacionalidades y su trascendencia política», en *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, n.º 2, 1978. UNED. La definición de nacionalismo antes citada pertenece a mi artículo «Problemas en torno al estudio del nacionalismo. Formación y crisis de la conciencia nacionalista», en *Revista de Estudios Políticos*, n.º 17. En otro lugar, *Sistema*, n.º 38, «Nación, nacionalidades y autonomías en la Constitución de 1978», me he ocupado de la contribución a la acomodación de los nacionalismos hispanos realizada por nuestra actual Constitución y, en especial, por su importante artículo 2.º, cuestión a la que se alude en la página 2.

La referencia de la intervención de MARX recogida en la página 3 se encuentra en Juan José SOLOZABAL ECHEVARRIA, «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», n.º 3 y 4, Madrid, 1974, *Revista Internacional de Sociología*.

Una valoración más matizada que la ofrecida en la página 4 sobre el significado del nacionalismo aranista puede verse en mi libro *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*, 2.ª ed., San Sebastián, 1979. Por cierto que ha llegado el momento de recordar que la corriente intransigente no ha sido la única existente en el nacionalismo vasco. Desde esta perspectiva las bases intelectuales para operar una transformación del nacionalismo vasco en el sentido señalado por nosotros son muy sólidas. Pensar en la postura de quienes interpretan el estatuto como una renovación del acuerdo foral y de quienes enlazan con la tradición penneuvista no independentista del último Arana, de De la Sota, la posición de Sarriá y del grupo Hermes; la de los comunionistas frente a los aberrianos de los años 20; seguramente la de Juan Ajuriaguerra, y la que parece más próxima a la de Laizola y muchos nacionalistas en la actualidad.

En el nacionalismo catalán, como es bien sabido, la transformación es innecesaria, pues el rechazo explícito del independentismo ha sido prácticamente unánime.

El deslumbramiento liberal por el ideal homogeneizador, tema aludido en la página 4, está lúcidamente estudiado por Eduard GARCIA ENTERRIA en su *Revolución Francesa y administración contemporánea*, Madrid, 1972. Un balance más bien negativo de la operación del centralismo español en Sebastián MARTIN TORTILLO, *Descentralización administrativa y Organización política*, Madrid, 1973, págs. 103 y 104, tomo I. Las páginas 6 y 7 descansan, como ya está dicho, en el libro de KEDOURIE, capítulos 2 y 5. La cita de la página 7 procede de la página 68 de *Nationalism*.

La tesis sobre la conexión industrialización-nacionalismo, planteada en las páginas 7 y 8, está parcialmente inspirada en Pierre VILAR, *La Catalogne dans L'Espagne Moderne*, París, 1967, especialmente su Introducción.

La referencia de John PLAMENATZ de la página 8 se encuentra en su ensayo «Two types of Nationalism», página 25, en *Nationalism: The Nature and Evolution of the Idea*, editada por Eugene Kamanka, Londres, 1976. Las obras de HINTZE y de SCHMITT, aludidos en la página 9, que nos interesan, son, respectivamente, *La Historia de las Formas Políticas*, Madrid, 1968, página 31, y *Teoría de la Constitución*, Madrid, 1934. La función estructurante del monarca en la formación social del estado absoluto está bien vista en A. PASSERIN D'ENTREVES, en el capítulo 5 de *La Notion de l'Etat*, París, 1969. Al tránsito de la soberanía absoluta a la nacional dedico alguna atención en «Nación, Nacionalidad y Autonomías en la Constitución de 1978. Algunos problemas de la organización territorial del Estado», *Sistema* n.º 38, y «La forma del Estado desde la perspectiva de la distribución territorial del poder» (*Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, de próxima aparición).

Sobre el concepto de nación de la Revolución Francesa me han sido muy útiles las observaciones de MORTATI: *Le forme de Governo*, págs. 34 y 38, y S. E. FINER: *the man on Horseback*, págs. 195 y sigs, Londres, 1975. La cita de CONNOR procede de su artículo «The Politics of Ethnonationalism», en *Journal of International Affairs*, vol. 27, n.º 1, 1973, pág. 5.

En las páginas 11 y 12 retomo algunas ideas apuntadas en mi nota «Nacionalismo y clases sociales: burguesía, aristocracia y campesinado», *Revista Internacional de Sociología*, n.º 18-19-20, Madrid, 1976, y, sobre todo, el primer capítulo de *El primer nacionalismo vasco* ya citado. Deben algo también al espléndido trabajo de Jordi SOLE-TURA: «Historiografía y nacionalismo. Consideraciones sobre el concepto de nación», en *Boletín de la Fundación Juan March*, 1975, págs. 3-14. Véase, con tesis diferentes, «Interpretación del nacionalismo catalán», de Josep TERMES en *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, 1976. Puede encontrarse una magistral exposición-marco a la problemática de la crisis de la soberanía nacional —aludida en

la página 12— en Manuel GARCIA PELAYO: «El Estado social y sus implicaciones», en *Las transformaciones del Estado Contemporáneo*, Madrid, 1977.

Respecto de las relaciones marxismo-nacionalismo he retomado en el texto ideas desarrolladas en dos trabajos míos: «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», ya citado, y «Sobre la política de las nacionalidades en la Unión Soviética», en *Saioak*, n.º 2. Sobre este tema podríamos seleccionar algún trabajo fundamental como los de BLOOM, Salomon: *The World of Nations. A Study of the national implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, 1967; DAVIS, Horace B.: *Nacionalismo y Socialismo*, Barcelona, 1972. Richard PIPES: *The formation of the Soviet Union*. Por supuesto también la obra de Manuel GARCIA PELAYO: *La Teoría de la Nación de Otto Bauer*, Madrid, 1980.

Las ideas fundamentales de las últimas páginas sobre la incidencia del federalismo en la crisis del nacionalismo proceden de mi estudio «Nacionalismo y Federalismo en las Sociedades con divisiones étnicas: Los casos de Canadá y Suiza», n.º 10 de la *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 1979. En el mismo puede encontrarse una bibliografía seleccionada sobre el tema. Podemos llamar la atención, desde luego, sobre el libro de WHEARE, R. C.: *Federal Government*, Londres, 1963, y su contribución «Federalism and the Making of Nations», en *Federalismo Mature and Emergent*, editada por Arthur W. Macmahon. Nueva York, 1955. También, sobre el tema, R. C. WATTS: *Federalism and Multicultural Societies*, Ottawa, 1966, y C. J. FRIEDRICH: *Trends of Federalism in Theory and Practice*, Londre, 1968.

Respecto a la bibliografía española, mencionaremos los libros de Juan FERRANDO, como *El Estado Unitario, el Federal y el Estado Regional*, Madrid, 1978; Gumersindo TRUJILLO, como *El Federalismo español*, Madrid, 1967, en especial sus capítulos generales, y diversas contribuciones de J. LINZ, entre ellas la contenida en el libro colectivo, en el que hay trabajos tan valiosos como los de los profesores Ignacio María de LOJENDIO E IRURE y José María HERNANDEZ RUBIO: *Federalismo y Regionalismo*, Madrid, 1979. Soy consciente de que la exposición sobre el juego de los factores desencadenantes de la crisis de la conciencia nacionalista puede aparecer algo provocativa. De hecho, se han sugerido interpretaciones diferentes de la aquí propuesta sobre la situación de la soberanía en nuestro tiempo, por ejemplo en el libro espléndido de Javier PEREZ ROYO: *Introducción a la teoría del Estado*, Barcelona, 1980, pág. 39 y sigs., o sobre las relaciones entre federalismo y nacionalismo, T. M. FRANK: *Why Federations Fail*, Nueva York, 1966.

Respecto a la conexión entre marxismo y nacionalismo no vamos a descubrir aquí la aureola revolucionaria que algunos «detalles» marxistas pueden proporcionar. Sin embargo, nos permitimos insistir en la absoluta impropiedad que supone el acogerse a inspiraciones marxistas en situaciones en las que las comunidades nacionalistas no se encuentran ni explotadas económicamente, ni oprimidas culturalmente.